

ENSAYO Y CRITICA

Fernando Alegria Alfredo Lefebvre Juan Loveluck

Mario Osses

Luis Oyarzún

FERNANDO ALEGRÍA

RESOLUCION DE MEDIO SIGLO

PERTENEZCO a una generación que recibió su herencia literaria dividida en tres nítidas porciones:

1) De un grupo escogido de poetas, ensayistas y novelistas recibimos, a principios de siglo, el mandato de orientar la creación artística hacia la búsqueda de los principios más puros de la responsabilidad social del hombre y de la armonía ideal del espíritu con las fuerzas de la naturaleza. Ese grupo de dulces y fraternales anarquistas, de tolstoyanos iluminados, que entraron a la novela por el camino naturalista de Zola y por el realismo psicológico de Gogol, Dostoiewsky, Turgenev y Gorky, y en la poesía dejaron creciendo una arrebatadora urgencia mística de carácter cristiano y budista, firmó su testamento con nombres que en sí encerraban una declaración de fe: Pedro Prado, como quien dice Pedro Pájaro, Pedro Montaña; Fernando Sant-Ivan, así, separado por un guión: Sant-Ivan, como un revuelo de palomas y una aureola roja entre cúpulas de iglesias y penachos revolucionarios, como un campesino aliento en las selvas de Arauco, en sus bosques milenarios, cruzados de cicatrices y de helechos, ardiendo de pie frente al mar; Gabriela Mistral, derramada como un oro de trompeta bíblica sobre nuestro desierto; moviéndose de rancho en rancho con su silla de junco, de escuela en escuela, de indio en indio, con su banderita y su silabario, seguida por millones de mujeres y niños, agitando con mano delicada la greda del idioma castellano entre las piedras y las flores de los volcanes centroamericanos; Augusto D'Halmar, del mar, de la bruma, del errante buscar por el mundo un secreto dionisiaco que es-

tuvo siempre guardado en su cabellera de oro y plata y en su perfil de estampido. En lugar más circunspecto y escolástico, pero no menos excelso, se leía la firma de quien daba fe de este primer legado: Armando Donoso, febril como una antena, con su paquete de doctrinas sociales bajo el brazo, preocupado de divulgar a Bilbao en 1900 y a Los Diez en 1920.

La primera porción de nuestro legado deriva de esos hombres, pues ellos dieron una orientación social, una dignidad espiritual y un sentido de nacionalidad a esa literatura chilena que, impulsada por los próceres intelectuales de 1842, flotaba sin raíces ni propósitos en la marejada romántica de fines del siglo XIX. Pedro Prado, Fernando Santiván, Augusto D'Halmar, Mariano Latorre, Eduardo Barrios, Rafael Maluenda, Gabriela Mistral, Angel Cruchaga Santa María, originaron una tradición literaria que completaba a medio siglo de distancia los postulados de los humanistas chilenos de 1842. Ayudados más tarde por la promoción de Manuel Rojas y Pablo Neruda crearon una literatura de raigambre regional, dieron categoría artística a un lenguaje de cepa americana e intentaron manejar en sus versos los símbolos que tradujeran a un idioma universal el angustioso trance de un pueblo que adquiere conciencia de su destino en el mundo moderno y no se posesiona aún de los instrumentos para realizarlo.

Junto a su legado, nos dejaron una deuda: porque de esa bancarrota social y económica de la primera guerra mundial que aplastó brutalmente los amables mitos del positivismo y del liberalismo salieron nuestros benefactores con las manos vacías y un gran silencio en los labios. Un silencio de años y, en ciertos casos, un silencio definitivo. La literatura que-
mante y dinámica de los primeros treinta años de nuestro siglo se convirtió en pintoresca hojarasca criollista. Los grandes problemas filosóficos y sociales que enunciaron Francisco Bilbao, Valentín Letelier, Francisco Encina, Alejandro Venegas, Armando Donoso, cedieron su puesto a la trama acomodaticia de los cocineros de cuentos. El arte fino de narrar, la exquisita penetración psicológica de D'Halmar, de Federico Gana, de Barrios, de Maluenda, de Rojas, desapareció en las toscas manos de los zapateros del estilo, de los sastres de la caracterización. También esto fue parte del primer legado: esa falsificación de discípulos sin talento que los grandes, voluntaria o involuntariamente, alentaron con su silencio.

2) Entre los años de 1915 y 1930 se forjó en Chile una gran poesía, acaso la expresión poética de mayor alcurnia en el mundo español contemporáneo: esa poesía es la segunda porción de nuestra herencia. De los hombres y mujeres que crearon esa riqueza heredamos nosotros un concepto estricto de la

pureza de la obra artística, un poder de discernir la elaboración responsable y profunda de lo improvisado, una voluntad de superar todo localismo superficial y fácil para comprometernos en la aventurada creación de mitos que expresen el genio de nuestro pueblo, así como el destino individual del poeta. Heredamos también la conciencia del valor de la palabra y la seguridad de que al forjar su estilo el poeta no está urdiendo una trampa para ocultar sus fracasos, sino que contribuye a revelar la belleza poética a la luz de un entendimiento original que constituye la *gracia* de su creación. Heredamos la clave para exponer la esencia del paisaje, recreado en una nueva dimensión espiritual que representa la victoria de la imagen sobre el conocimiento puramente conceptual; heredamos un sentido lírico y un sentido dramático que superan las viejas técnicas de la poesía narrativa: con Vicente Huidobro aprendimos a ser líricos sin depender de objetos y seres disecados por la memoria; aprendimos que las pasiones y sentimientos del romanticismo eterno pueden ganar su autenticidad original, si el poeta se atreve a arrasar con la costra lingüística que deposita en ellos el tiempo y la retórica; de Pablo de Rokha recibimos un poder dramático para penetrar en las oscuras zonas subconscientes de la gente criolla, enfrentándonos a sus mitos religiosos y sociales y comprendiendo la floración subterránea de su viril lenguaje popular; de Pablo Neruda heredamos el cordón umbilical que nos une a la gran poesía conceptista española, la de Quevedo y Góngora, heredamos los dulces ramos de olor a la tradición sentimentalista chilena, la de Pezoa Véliz y Magallanes Moore; de Neruda recibimos también la concepción de una cultura unitaria de América y la renovada dedicación a los problemas sociales que planteara la generación del 900; de Neruda, finalmente, heredamos una organización de símbolos lingüísticos y una devoción lírica al paisaje y a los hombres de Chile. Todos ellos descubrieron para nosotros la imagen del poeta-vidente —según la concepción de Emerson—, y el acento bíblico y civil de Whitman, Blake y Swinburne.

El legado de estos hombres, llegó a nuestras manos intacto en la obra de dos poetas de transición: Humberto Díaz Casanueva, dramático, hermético en su órbita de símbolos, apasionado y duro analizador de contradicciones, elegíaco en sus cantos de amor filial; y Juvencio Valle, el más excelso de los imaginistas chilenos, pastor, geógrafo, juglar y apóstol de un panteísmo en cuya savia crepita el júbilo de la floresta sureña y en cuya actividad se confunden el movimiento alado de los pájaros y poetas provincianos.

Mi generación ha recibido esta herencia en plena crisis. Crisis dinámica, preñada de valores positivos, ocultos bajo la superficial desintegración. Lo dramático es hoy constantemente melodramático; lo social es crónica periodística rimada; lo que ayer fue legítimo simbolismo filosófico, es hoy tratado de ebrias metafísicas en prosa recortada que parece poesía; los modismos lingüísticos nerudianos se negocian en un mercado libre y no siempre al mejor postor. La sabia, saludable ansia de originalidad de hace treinta años, es ahora trivial antojo de producir imágenes sintéticas en masa.

Mi generación, la de Nicanor Parra, Braulio Arenas, Gonzalo Rojas, Eduardo Anguita, Venancio Lisboa, José Miguel Vicuña, tiene en sus manos las armas que pueden cortar las amarras de la retórica conceptista chilena. El lugar que estos poetas ocupen en la historia literaria depende en gran parte de la valentía y el genio que demuestren para reconocer el signo de la muerte estampado ya sobre sus dioses literarios y para establecer junto a las ruinas una nueva poesía lúcida y meridiana en la apreciación de sus valores, implacable en la autenticidad de sus raíces folklóricas, digna de su adhesión a las tradiciones de la lengua y, por encima de todo, verdadera, genuinamente heroica, en la liberación de los mitos que han de llevar su propio mensaje de desesperación o de salvación espiritual. Otros poetas se adelantarán a realizar esta faena si nuestra generación no cumple; y sus esfuerzos se unen ya a los de ella; por ejemplo, en la obra de Miguel Arteche y Efraín Barquero.

3) Nuestra herencia se completa con un vacío que hasta hoy no fue señalado con la franqueza necesaria: me refiero al vacío que deja la generación de críticos recién pasada en el terreno de la alta especulación e investigación literaria, particularmente en lo que concierne a la definición de la poesía chilena moderna. Cada época importante de nuestra literatura tuvo sus líderes en el campo del ensayo y de la crítica: figuras ilustres, que entregaron su erudición y su voluntad de trabajo al servicio de las jóvenes generaciones de escritores. Lastarria y Bello cimentaron los comienzos de la literatura chilena moderna con sus fervorosas campañas en favor de un arte nacional, de fundamento clásico y objetivos sociales. Los hermanos Amunátegui, Diego Barros Arana, José Toribio Medina y Eduardo de la Barra, contribuyeron brillantemente a la estructuración de nuestra tradición intelectual investigando en los siglos de la Conquista, de la Colonia y de la República, desenterrando manuscritos, popularizando las modestas composiciones de la generación neoclásica y romántica. A comienzos de siglo, cuando la influencia de Rubén Darío y la difusión de las

obras naturalistas francesas y realistas rusas, así como el arraigamiento de la poesía decadente francesa, conmueven a la joven literatura chilena en sus más íntimas esencias, dos escritores, ensayista el uno y crítico el otro, vienen a orientar con sus ideas, sus interrogaciones y hasta con sus errores la producción tan decisiva de los años de 1910 a 1920: esos escritores son Armando Donoso y Omer Emeth. A ellos se debe, en parte, que el complejo avance de tendencias tan diversas cristalizara en un esfuerzo por crear una novela regionalista chilena y una poesía, como la de Pedro Prado, Gabriela Mistral, Diego Dublé Urrutia y Angel Cruchaga, que venía a imponer la sobriedad de un pensamiento hondo y de un sentimiento genuino allí donde reinaba un absurdo afán de imitar preciosismos tropicales.

Los críticos que surgen entre 1920 y 1930 nos dejan la desconcertante impresión de quedarse a la zaga y perder la ruta del desenvolvimiento estético de una gran generación de poetas chilenos. Muchos de ellos disimulan su renuncia con el tijeiteo periodístico de la crónica y del artículo impresionista. Es verdad que estudiosos pertinaces de nuestro pasado literario, como Raúl Silva Castro, Ernesto Montenegro y A. Torres-Rioseco, por ejemplo, ahondan con seriedad y objetividad en la investigación de un período clave para comprender los orígenes del vanguardismo chileno: me refiero a la transición postmodernista y a los últimos ecos del romanticismo chileno. Pero no da esa generación de críticos el paso que ha de salvar el abismo entre dos épocas. ¿Quién es el mentor intelectual de la generación de Huidobro, Neruda y De Rokha? ¿Quién el ensayista de aliento, de audacia, de visión, que sale a desbrozar los caminos de la nueva poesía? En un español eminente —Amado Alonso— encuentra Neruda su exégeta. Huidobro, De Rokha, Juvencio Valle, Díaz Casanueva, encuentran en la presente generación de ensayistas y críticos, no antes, sus más fieles intérpretes. En los años decisivos de su carrera literaria esos poetas debieron abrirse el camino no sólo sin contar con la ayuda de la crítica profesional, sino en muchos casos contra la voluntad de esa crítica. Todo poeta chileno, cualquiera que sea su ideología, sus tendencias literarias o su significación, puede ofrecer ante nosotros evidencia de esa oposición tozuda o, lo que acaso es peor, de ese silencio hosco y resentido que rodeó sus esfuerzos iniciales. Como consecuencia de esta deserción el poeta debió transformarse en crítico y el novelista en crítico de poetas. Escritores de nuestra generación debieron seleccionar sus propias armas, dilucidar en diálogos consigo mismo y en el estudio de la nueva crítica alemana, española, italiana, norteamericana e inglesa, los problemas decisivos de la literatura moderna, y, apremiados

en el campo mismo de la creación, ensayar definiciones, intuir nuevos rumbos, aclarar, ordenar, interpretar, en un desesperado esfuerzo por comprender las esencias de una literatura que crece con vigor y frondosidad. No sólo era la historia literaria de nuestro país que nos desafiaba con múltiples incógnitas, sino también su historia política y social.

Ensayistas como Manuel Olgún, Clarence Finlayson, Jorge Millas, Luis Oyarzún, Francisco Santana, Mario Osses, Julio César Jobet, Alfredo Lefebvre, Carlos Hamilton, Hernán Ramírez, Juan Loveluck, penetraron con sólidos instrumentos de erudición y capacidad interpretativa a evaluar los complejos matices del desarrollo de las ideas en Chile. Algunos llegamos al terreno de la especulación y de la investigación apremiados en nuestra labor creativa por la gravedad y la urgencia de las preguntas que surgían al poner nuestra propia obra en contacto con la literatura de pasadas generaciones. En ese instante y al buscar el apoyo del pensamiento crítico que predominaba en las columnas de los diarios y revistas de mayor prestigio, creció nuestra sensación de abandono y, en consecuencia, nuestra voluntad de revisar y descubrir valores independientemente. No es otro el origen de la intensa labor interpretativa del fenómeno poético chileno que hemos emprendido en los últimos años.

Sería injusto no reconocer el hecho de que en el terreno de la novela una brillante generación, a la que pertenecen Manuel Rojas, González Vera, Sepúlveda Leyton, Salvador Reyes, Luis E. Délano, Lautaro Yankas y otros, tuvo apoyo en críticos, cuyo mérito cobrará relieve, acaso, por haber sido quienes iniciaron la querrela entre regionalismo y universalismo que, a la postre, iba a acelerar la definición de la novela moderna en Chile. Estos críticos, entre los cuales es preciso destacar a Domingo Melfi, Ricardo Latcham, Manuel Vega, A. Torres-Rioseco, R. Silva Castro, Hernán Díaz Arrieta y Milton Rossel, asumen una significación pionera que nuestra generación no puede ignorar, pero no llegan a plantear con claras definiciones los problemas que atañen a la técnica, la temática y la ideología de una novelística como la nuestra, que intenta asociarse con las expresiones más avanzadas del género de la literatura contemporánea. Si de mi generación, en la que forman Merino Reyes, Juan Godoy, Gonzalo Drago, Nicomedes Guzmán, Reinaldo Lomboy, Guillermo Atías, Volodia Teitelboim, Nicasio Tangol, Carlos León, y de otra generación más joven a la que pertenecen, entre otros, José Manuel Vergara, Enrique Lafourcade, Mario Espinosa, José Donoso, Armando Cassigoli, Alfonso Echeverría, Herbert Müller, ha de salir una novelística vigorosa, representativa de la compleja y rica vida intelectual de nuestra

patria, una novelística de profunda dimensión humana, de calidad artística, de auténtico dinamismo, que no desmerezca la de países como México, Argentina, Ecuador y Cuba, por ejemplo, ella tendrá que ser el producto de ardua y aislada faena, al margen del viejo impresionismo crítico.

*

Con esta herencia en nuestras manos, con la convicción profunda de que cada uno de nosotros se juega en su propia obra, no sólo su destino de escritor sino también la suerte de nuestra joven literatura en años de grave crisis, expongo mi resolución de medio siglo:

Hemos de imponernos la necesidad de salvar a la poesía chilena combatiendo la retórica obscurantista, la mediocrización del verso en manos del propagandismo, la estéril acumulación de símbolos falsos que no obedecen a necesidad intelectual, sentimental o histórica alguna, la producción mecánica de imágenes, adjetivos y nombres que tapan con ornamentos preciosistas la ausencia de lo genuinamente poético. Hemos de rescatar la poesía encaminándola al mediodía de la belleza pura, fuera del callejón laberíntico de sombras y mustios fantasmas en que se está sumiendo.

Hemos de rescatar nuestra novela cortándole sus últimas amarras con el rastrero geografismo botánico y zoológico de la pasada generación costumbrista. Hemos de llevarla al plano de las grandes ideas, de los problemas del hombre moderno, de los ambientes complejos de nuestras ciudades, y no sólo de nuestros campos y montañas; en contacto con el pensamiento internacional para que contribuya con un caudal humano e ideológico propio a dilucidar el destino del hombre en el mundo contemporáneo. Dejemos que la crucen las corrientes épicas de los combates sociales, que investigue nuestra historia y recree sus mitos heroicos; dejemos que viaje y se nutra de extraños hombres y extrañas costumbres; que nos dé seres humanos, en todas sus contradicciones, que nos revele el alma del pueblo, no únicamente sus comidas, sus vestimentas y sus decires, que nos encienda el amor a la tierra no por lo que ella nos da en vinos y manjares, sino por lo que ella nos inspira en nuestros esfuerzos de independencia espiritual y material.

Y, finalmente, hemos de iniciar en el campo del ensayo y de la especulación de ideas, un movimiento que vaya al encuentro sistemático y profundo de las raíces chilenas en nuestra amalgama cultural, para que logremos entender a nuestro pueblo en ésta su hora de crisis con ideas y palabras de hoy y no con una filosofía y una literatura que caducaron hace cincuenta

años. Esta búsqueda ha de comprometer a los estudiosos de la poesía, de la novela, del cuento y del teatro, tanto como a los historiadores y sociólogos de nuestro país. De ella saldrá crítica y orientación, y se obtendrá, además, una memorable lección para el futuro.

ALFREDO LEFEBVRE

ANÁLISIS E INTERPRETACION DE POEMAS •

I

AL SILENCIO

Oh, voz, única voz, todo el hueco del mar,
todo el hueco del mar no bastaría,
todo el hueco del cielo,
toda la cavidad de la hermosura
no bastaría para contenerte,
y aunque el hombre callara y este mundo se hundiera,
oh, majestad, tú nunca
tú nunca cesarías de estar en todas partes,
porque te sobra el tiempo y el ser, única voz,
porque estás y no estás y casi eres mi Dios
y casi eres mi padre cuando estoy más oscuro.

*

Este poema de Gonzalo Rojas difiere completamente de los más característicos de su libro "La miseria del hombre". Allí, una torrencial vehemencia arrastra las palabras y las multiplica en ardientes imágenes, con un tremendísimo furor de vivir y también con una tensa conciencia vidente. Su lenguaje apasionado estalla, agiganta, extiende visiones, crea mitos, denuncia falsedades y mueve fuerzas para ver un destino en el ser del hombre, mientras

• El presente trabajo es un capítulo del libro en prensa titulado "Poesía española y chilena: Análi-

sis e interpretación de textos", (Editorial del Pacífico).